



El libro de la vida

En *La Biblioteca de Babel*, el célebre relato borgiano, nos asomamos al vértigo metafísico de un bibliotecario que deambula por las infinitas galerías hexagonales de un lugar atestado de libros, consciente de que la muerte lo sorprenderá cualquier día, afanado en una búsqueda *ab aeterno* que es una cifra “de la eternidad futura del mundo”. En este laberinto de letras dispuestas al buen tuntún (el bibliotecario nos habla, por ejemplo, de un libro que consta de las letras M C V repetidas perversamente desde el primer renglón hasta el último) es casi imposible encontrarse con libros que, entre el tumulto de insensatas cacofonías, alberguen alguna palabra legible. Abrumado por la convivencia con tanto fárrago verbal, el bibliotecario de Babel nos confiesa que, en una ocasión, llegó a hojear un libro que rezaba, en su penúltima página: “Oh tiempo tus pirámides”. Quizá estas palabras dotadas de sentido fuesen una mera combinación aleatoria, nacida fortuitamente entre los millones de combinaciones posibles, pero su descubrimiento le concede al personaje de Borges una dicha irrepetible.

Una sensación de angustia similar a la que transmite la lectura de este relato la experimento cada vez que llegan hasta mí noticias sobre la identidad genética del hombre. Acabo de leer que el llamado “libro de la vida” está compuesto “de 3.000 millones de pares de bases que contienen la información de todos los genes de los que estamos constituidos los seres humanos. En ese símil entre el genoma y un libro, las letras representan las bases que se ordenan en palabras o codones, que a su vez se organizan en párrafos o exones, y que expresan historias, o genes, auténticas unidades funcionales del genoma que se ordenan en capítulos o cromosomas, según nos refiramos al libro o al DNA respectivamente. En esta asimilación a un libro, el Genoma Humano constituiría una enciclopedia de alrededor de 2.000 volúmenes”.

Todos estos esfuerzos por desentrañar los caracteres del libro de la vida se resumen, al parecer, en un intento desesperado de circunscribirlo a términos de finitud. La distancia que media entre lo divino y lo humano quedaría así, delimitada, y el hombre podría albergar la frágil ilusión de ser dueño de su propio destino. A esta idea jactanciosa de compendiar el genoma humano en 2.000 volúmenes podríamos oponer esta frase de Borges: “Yo sé de una región cerril cuyos bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano... Admiten que los inventores de la escritura imitaron los veinticinco símbolos naturales, pero

Estos datos no constituyen sino el subterfugio de un fracaso: el libro de la vida sigue siendo un angustioso laberinto de letras.

sostienen que esa aplicación es casual y que los libros nada significan en sí”. ¿Qué ocurriría si, a la postre, descubriéramos que esos 2.000 volúmenes que contienen la información de nuestros genes fuesen, en efecto, una escritura ininteligible y azarosa? Quizá esta nueva idolatría de la ciencia nos depare en el futuro episodios de impotencia y derrota como el que describe Borges: “Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra”. De momento, a la espera de que ese desciframiento acaso imposible se produzca, intentamos mantener la calma estableciendo vínculos entre la información incoherente que nos abruma. Así, por ejemplo, se proclama que el hombre sólo posee el doble de genes que una mosca, o que comparte el 99% de su material genético con el orangután, pero estos datos —tan memos, por lo demás— no constituyen sino el subterfugio de un fracaso: el libro de la vida sigue siendo un angustioso laberinto de letras.

Podría ocurrir además, como en aquel perverso libro al que se refería el personaje borgiano, en el que los caracteres M C V se repetían hasta la náusea, que cada letra influyese en la subsiguiente, y que el valor de M C V en la tercera línea de la página 71 no fuese el mismo que tuviera la misma serie en otra posición de otra página. Además, ¿qué ocurriría si los científicos encargados de desentrañar esta criptografía se tropezasen de repente con un cromosoma que albergara una inscripción tan misteriosa como “Oh tiempo tus pirámides”? Quizá para entonces la especie humana ya se haya extinguido, y el libro de la vida, como la biblioteca de Babel, se mantenga infinito, incorruptible y secreto hasta el fin de los tiempos. ¿No será que estamos tratando de desentrañar el genoma de Dios? ■